

Teoría y carnaval

Ramón Illán Bacca



© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Barranquilla, 2012

Mi amiga Felicia tiene una forma muy extraña de disfrutar del carnaval. Le busca un marco teórico, pues, y eso es lo novedoso, todos los años éste al parecer cambia.

“¿Te has dado cuenta de que las tiras que le cuelgan al gorro del Congo son ahora propaganda comercial?”. Asiento. Esto ocasionó que durante dos horas le escuchara sobre cómo las profundas raíces telúricas del carnaval se estaban desmoronando. Porque, como ya estarán descubriendo, Felicia es una teórica. Todo el tiempo, sobre todo cuando se achispa con unas copas de más, construye unas basílicas

conceptuales espléndidas, pero con bases absolutamente falsas. Hace dos años tuvo una nutrida correspondencia con una antropóloga mexicana, hija del famoso profesor Chimalpocapa. El tema discutido era si nuestro criollo disfraz de marimonda, por su larga nariz, tenía algún parentesco con los dioses aztecas Netzahalcóyotl o con la diosa Tezcatlamiáhuatl. Cuando todo indicaba que el tema iba a ser estudiado por el Smithsonian Institute, el profesor Agamenón Angulo dictaminó que ese disfraz tenía raíces africanas y no amerindias. De manera que lo correcto era encaminarse por el lado de la mitología bantú. Entiendo que ese

punto no ha sido del todo resuelto. Al parecer, ahora hay que esperar que una amiga nuestra, radicada en Francia, le pregunte sobre el tema al profesor Soustelle que es, como quien dice, la última palabra. Pero éste no ha tenido tiempo de estudiar el tema, ocupado como está en asistir a todos los simposios promovidos y costeados por Mr. Moom.

Lo que me tiene asombrado es que la afición de Felicia se está extendiendo como una mancha de aceite. Estudios densísimos sobre las máscaras del carnaval, el origen de la Danza del Garabato y el porqué de la expresión “¡Juepa je!” ocupan páginas enteras de los periódicos y de los magazines en estos días. Los psicólogos no se han quedado atrás, y así uno se topa con estudios, también muy profundos, sobre “El porqué de la compulsividad en disfrazarse de mujer por parte de los hombres del trópico”. No faltan los estudios sociológicos sobre las comparsas del Country, oponiéndolas a la autenticidad de las que organizan los folcloristas. Naturalmente, también están los recuerdos de los carnavales de antaño, escritos por Álvaro Ruiz Hernández, y el estudio sesudo sobre los ritmos del carnaval en los finales del siglo XVIII, por Adolfo González.

También aparece alguna rectificación sobre el tocado usado por la reina Niní Primera en su coronación, que era distinto del usado por Nefertiti Séptima, hecha por alguna vieja dama, que además lo sustenta con fotos de la época que nadie más tiene. No faltará, y ya se viene, una carta rectificadora de Guillermo Henríquez desde Ciénaga, en la cual sostendrá que los primeros “salones burreros” se dieron allá y no aquí. Tampoco faltará algún nostálgico que lamente la falta de las varas llenas de hormigas, con las que se castigaba al que saliera sin disfraz en la década de los veinte. Y casi se me olvida el aporte que, recalcará, ha hecho el negro al carnaval, estudio corregido y aumentado que por estas calendas escribe Aquiles Escalante. Y además, no faltará el artículo de Floro Alegre

en la publicación “Danza y Relajo”, en el que sostendrá una discusión profunda sobre si hay alguna influencia de la Tongolele en los ademanes de Idris Primera, rey de los transformistas. El artículo, titulado “Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen”, causará revuelo en ciertos medios locales.

Felicia, pues, se ha salido con la suya. Ahora todos teorizamos sobre el carnaval. Pero mi amiga también pasa a veces de la teoría a la práctica. Como quería organizar una comparsa informal para la Batalla de Flores, estuvo meditando largamente sobre cómo debería ser la bandera insignia. Así, me confesó, tenía que tener en cuenta que no sólo los aportes telúricos como son el Congo, el Torito. El Paloteo, sino también lo que ella denominó “el aspecto europeizante”, o sea, los arlequines, las polichinelas, las colombinas.

Fuimos —pues yo la acompañé— donde la costurera, a quien aturdió con toda su teoría. Finalmente, llegó a la conclusión de que debía colocar una colombina a la derecha de la bandera para significar el aporte europeo y un congo del lado izquierdo para significar el aporte “telúrico”.

Al cabo de una semana llegó la bandera. La costurera había resuelto hacer sus síntesis: colocó tan sólo una inmensa máscara de marimonda soltando una trompetilla escandalosa.

Ramón Illán Bacca (Santa Marta, Colombia) es novelista, cuentista y cronista. Algunos, de sus múltiples libros publicados, son: en novela, *La mujer barbuda*; *La mujer del defenestrado*; *Disfrázate como quieras*; *Maracas en la ópera* y *Deborah Kruel*; en cuento, *El espía inglés*, *Señora Tentación* y *Marihuana para Goering*; y en antologías críticas y crónicas, *Escribir en Barranquilla*, *Voces 1917 -1920* y *Crónicas casi históricas* (volumen publicado en 1990, de donde extractamos esta crónica: Barranquilla. Universidad del Norte. Págs. 109-111).